

# Alerce

Año 9, N° 79, marzo de 2021. Sociedad de Escritores de Chile. Director: David Hevia.

## Omar Alarcón, la narrativa joven que se alza en el Puerto

Nacido en Valparaíso, Omar Alarcón Román integró el Taller de Literatura y Estética de la Biblioteca Santiago Severín. Autor de ensayos y cuentos, su narrativa destaca por trazar el perfil de los personajes a través de instantáneas sucesivas, como en este relato suyo que *Alerce* publica aquí.

### LA ÚLTIMA GUÍA

*Si las obras provienen de las obras en una historia que podría prescindir del nombre de los autores, resulta por lo menos patético que ellos se desvivan para actualizar esa virtualidad que los arroja al anonimato.*

Enrique Lihn, *Panorama artístico de la República Independiente de Miranda*

Escribo sobre Varelia Polanco sabiendo que si los papeles se invirtieran; si ella, quiero decir, escribiera sobre mí, podría explicar mejor que yo qué tenemos que ver el uno con el otro, si jamás nos conocimos. La ayudarían sus ideas acerca del azar, la sorprendente puntualidad de ciertos accidentes: el teléfono de mi casa, por ejemplo, llevaba meses sin sonar. Reposaba inerte en su rincón, junto a una libreta de hojas amarillas y un lápiz de pasta seco; ese conjunto nostálgico que no sabría con qué otro adorno sustituir. Cuando sonó pude haber estado afuera, o no contestar, siguiendo una costumbre vieja, y limitarme a mirarlo como a un animal intruso y ruidoso. Pero estaba en casa: contesté; una voz preguntó mi nombre y dije sí, con quién.

—Mucho gusto —dijo la voz—, mi nombre es Alan Cormorán. Y usted debe ser... Usted es el lector.

De modo que así, sin ayudas filosóficas (como Varelia, que consultó una copia del *I Ching* hasta deshojarla) ni esotéricas (también las sefirot, la gematría, el tarot), puedo hablar de la escritora, de su escritura, y de cómo no fui yo quien llegó a ella sino que fue ella, su obra, *La última guía*, la que se abrió paso entre manos y miradas ajenas para llegar a las mías.

Varelia Polanco no nació pero sí murió en Pellín, parcela equidistante del Totoral y el mar al sur de El Quisco, en esa franja oceánica que sigue hacia Cartagena y todavía se llama, para lo que sirva, Litoral de los Poetas. Escribió sin mayores interrupciones durante casi treinta años, libros de todo tipo. No tuvo tiempo (o la intención) de clasificar y organizarlos: cerca de veinticinco mil páginas mecanografiadas, las menos encuadernadas, y diez mil manuscritas; solo alcanzó a visitar a un viejo amigo, el notario público de Cartagena, y dejarlo asignado a él, a Cormorán, su

único hijo, como albacea. Y antes de morir, no en su lecho sino cuando el infarto de gracia era ya inminente y Cormorán preparaba el desayuno, en otoño, un domingo, en Pellín, le habló de *La última guía* y de dos alternativas no excluyentes que pasarían a ser de exclusiva responsabilidad suya: quemarla, quemar todos sus libros, o ubicar a un lector que lo asistiera con su revisión. Días más tarde, en medio de una fiebre, le susurró un nombre: el mío. Todo esto dijo Cormorán mientras yo pensaba en lo complicada que se ha puesto la publicidad. Tuve que pedirle que empezara de nuevo y accedió sin agregar detalles: comprendí que si quería conocerlos iba a tener que aceptar mi supuesto cargo de lector. Dije que si era preciso podía viajar a Pellín el fin de semana siguiente y Cormorán, agradecido, insistió en enviarme el pasaje. Di la dirección de mi oficina y colgué el auricular, ahora limpio, sobre el teléfono cubierto de polvo.

Pronto me olvidé de la broma o la posible estafa; ese jueves, sin embargo, recibí una encomienda por recordatorio: un pasaje por marcar a San Antonio y una carpeta tamaño oficio, abultada, con elásticos cruzados. En una etiqueta adhesiva se leía “favor, retornar”, y adentro, en la primera hoja, con distinta caligrafía, “*Historia universal de Pellín, por Varelia Polanco*”. Acepté entonces que Cormorán hablaba en serio y pregunté por ella, por Varelia, en el diario, pero nadie había visto u oído su nombre. Esa misma tarde, mientras leía el libro, Cormorán me llamó para confirmar la recepción del paquete y que, si no había surgido algún problema, me esperaría el sábado a mediodía en el puente, a un costado de la carretera, pasado Isla Negra.

Alto, penosamente flaco, con lentes de sol y un bigote desprolijo, Cormorán fumaba contra el viento y miraba hacia la playa. Lo saludé y lo vi apuntar su cigarro a cualquier parte, en dirección a Pellín. Caminamos. Yo llevaba la *Historia universal de Pellín* bajo el brazo; acababa de releerla en el bus. Comenté algunos pasajes y Cormorán me explicó que Varelia y él eran puentealtinos: su madre había comprado ese terreno en el litoral hace unos años, después de jubilar, o para jubilarse allí, y trasladó de a poco sus muebles, su biblioteca, sus libros. Él atendía un negocio en el estacionamiento de su casa, un boliche de barrio que llevaba casi un mes cerrado, por el duelo y su anticipación. No descartaba imitar a Varelia y dejar Santiago algún día, pero sabía que para cumplir ese plan, proyectado a largo plazo, era imprescindible decidir qué hacer con sus escritos primero, a mediano o, idealmente, a corto plazo.

—Y usted, Cormorán —dije—, ¿escribe?

—Sí —contestó, riendo—: boletas, facturas... De tal palo, tal astilla.

Pasamos de calles pavimentadas a otras de ripio y luego a un sendero que enfilaba por el bosque. Bajo la sombra Cormorán se quitó los lentes y pensé en un parecido con el poeta Roque Dalton, si Roque Dalton, como él, hubiese tenido un grado de estrabismo que yo, sin ser especialista, calificaría como severo. Cormorán era capaz de mirar al frente y de perfil; el presente y el futuro, me dije, y de inmediato tuve la sensación de haber estado allí mucho antes, cruzando el lindero del bosque en ese mismo sitio, el mismo huerto, el mismo jardín, la casa de dos pisos y un roble solitario anunciados en un portal de madera tallada como “Parcela de Pellín”. Caminé más lento y Cormorán se adelantó; vainas de algarrobo crujían al pisar la tierra, el cielo estaba despejado y la sal del mar se mezclaba en el aire con el aroma de los eucaliptos. Estuve a punto de decir “*déjà vu*” cuando recordé la *Historia universal de Pellín* bajo mi brazo: ahí estaba descrito todo aquello. Junto a la casa, Cormorán sonreía, por la expresión de mi cara o porque el sol daba de lleno en la suya.

Adentro no había orden ni desorden; a primera vista la casa no lucía más decoración que libros, libros y archivadores, folios y cuadernos en los

sillones, dentro y fuera de dos vitrinas gemelas, debajo del teléfono, en pilas sobre cada silla. Dejé la *Historia universal de Pellín* entre otras carpetas en una mesa de centro y Cormorán apuntó un cigarro nuevo, recién encendido, a su alrededor: arriba, en el segundo piso, la habitación de Varelia y la suya; abajo, la sala, la cocina, el baño y una logia. Detrás de una puerta cerrada, el estudio. Subimos y Cormorán me hizo pasar a la habitación de Varelia: un ventanal dejaba entrar la luz y dibujaba en el piso de tablas, en la cama, un velador y la pared de la biblioteca las sombras movedizas de las ramas del roble que vi cuando llegamos. Todos los libros de la biblioteca se encontraban volteados, con los lomos hacia el fondo. Cormorán se acercó al ventanal y no pude no observar durante unos segundos, con pudor, la hendidura que el cuerpo de Varelia dejó impresa en la cama.

—Mi madre nunca se consideró escritora, ¿sabe? —dijo Cormorán. Llevaba su cigarro en una mano y un cenicero de concha en la otra—, pero escribió más que nadie. En serio... Decía que una cosa era ser escritora y otra muy distinta escribir.

—¿Y cuál sería la diferencia?

—Eso se lo va a tener que responder ella —dijo Cormorán. Su ojo izquierdo me miraba—. Yo le mentiría, supongo...

Mencioné el estudio y bajamos. Aún no sabía de dónde venía esa confianza de Cormorán, tampoco si la depositaba en mí, realmente, o en el mandato de Varelia. Sí sabía que la mía, mi confianza para estar allí venía de su actitud, de esa suerte de fidelidad ceremoniosa de hijo adulto y huérfano a su madre muerta. Antes de pasar al estudio me pidió que le diera unos minutos y accedí, y abrió apenas la puerta, se deslizó adentro y cerró. En cuanto di los minutos por pasados me deslicé yo a la sala y revisé las carpetas repartidas entre los muebles. Leí páginas de un cuaderno titulado *Juntar piedras* (un verdadero catálogo de piedras), hojas sueltas de *Dafnomancia* (poemas), y de un *Inventario general* en tres tomos. Ya me había concentrado en el primero (las posesiones materiales de Varelia en su niñez) cuando noté que por la cerradura de la puerta del estudio salía humo. Solté el libro y fui a golpear preguntando si todo estaba bien, y Cormorán abrió dándose una palmada en la frente.

—¡Amigo lector! —dijo—. Perdóneme... Se me olvidó que... Pase, ¡pase!, y perdóneme, oiga...

El humo algodonaba el aire del estudio; manoteando vi que tres de las paredes estaban cubiertas por libreros atiborrados hasta el techo. Cormorán levantó los brazos, tosió y dijo: “la obra de Varelia Polanco”. Atiné a decir “con permiso”, y prosiguió su presentación sin bajar los brazos. Primera pared: ensayo, dividido por temáticas: literatura, música, historia, plástica y ciencias. Segunda pared: poesía, teatro y narrativa. Tercera pared, miscelánea y textos inclasificables o por clasificar, como los de la sala. Otro ventanal ocupaba la última pared, la del escritorio con la máquina de escribir, resmas, más cuadernos y lapiceros esparcidos por docenas. Me acerqué a la máquina mirando los rincones como si lo único que faltase por brotar del humo, milagrosamente, fuese la propia autora. Cormorán aplastó su colilla en su cenicero y abrió una de las ventanas; su orgullo se hizo entonces más nítido, en su cara apareció una sonrisa infantil que se esfumó al verme demasiado cerca de un libro que estuve a punto de tocar en la sección de narrativa y que solo noté en mi afán por no mirar su ojo derecho, para no ser descortés, sino lo que apuntaba con él. Volví a admirar la máquina de escribir —a empujar el carro hasta escuchar el timbre del margen— y Cormorán aprovechó mi distancia para ir por el libro y salir del estudio pidiendo disculpas. Su habitación estaba justo encima: oí sus pasos, una ida y un golpe sordo, luego más pasos, un portazo y enseguida su voz desde el pie de la escalera:

—Amigo lector —decía—, revise el estudio con confianza. Voy a hacer unos trámites a San Antonio y vuelvo —se detuvo a un paso de la puerta y agregó—: en la despensa hay comida; si me demoro, cocine también con confianza.

Y nos dejó solos. A Varelia y a mí. Evité repetirme esta idea y pensar en el segundo piso y me enfoqué en los libreros. La única separación discernible entre un volumen y otro era la posición de la ruma: una horizontal, la siguiente vertical, y así en cada fila. Intuí que si Varelia escribía todo —si escribió un *Inventario general* de sus posesiones materiales—, en algún momento tendría que haber redactado una bibliografía que orientara mi revisión. La encontré en la sección que Cormorán llamó “miscelánea”; *Historia universal de Pellín*, curiosamente, fue uno de sus primeros trabajos, escrito en calidad de promesa edénica a un Cormorán todavía niño. Al ir por café a la cocina me percaté de





que en toda la casa no había fotos de Varelia ni de Cormorán; *Retrato escrito*, un texto tipeado a máquina, sin fecha, me dio las únicas señas con las que pude hacerme una imagen suya. No mencionaba estrabismo.

Café en mano, a continuación leí algunos de sus cuentos y creí rastrear, de manera superficial, una tendencia que, guardando las proporciones, se replicaba en lo que más adelante vería en sus novelas, el tránsito de la fábula y la fantasía al realismo y del realismo a la sátira, el humor negro y otra vez a la fantasía. Un sistema simple de colores estructuraba su teatro, compuesto a mano: comedias en tinta azul, tragedias en tinta negra, y cruces de género en azul y negro. Ahora, como en sus ensayos eludía el velo estilístico de la ficción, en ellos fui constatando su ingenio y su agudeza. En *Recibe los votos* (ensayos literarios), por ejemplo, analizaba el rol de la literatura en la enseñanza y, al espejo, el de la enseñanza en la literatura. En hojas sueltas copié un par de frases. Cito: “En nuestra literatura, como en nuestras escuelas, la lucha fundamental no se da entre el sujeto y el mundo, o entre el sujeto y sí mismo; se da entre el sujeto y el predicado”. El tema o la obsesión principal de estos ensayos, más que la literatura en general, era la literatura nacional, y su tono, el de Varelia, correspondía al de una lectora apasionada y severa que jura no renunciar, lea lo que lea. De un ensayo titulado “Del llanto a la risa y de la risa al llanto: una lectura maniacodepresiva del canon” rescaté los siguientes párrafos. El subrayado es de Varelia:

*Distinguimos la literatura eufórica de la Gran literatura depresiva tal y como podemos distinguir con relativa facilidad aquello que nos alegra de lo que nos apena, y en momentos en que la Gran literatura depresiva domina nuestra escena literaria, la escritura y por ende nuestras lecturas, la esquiva literatura eufórica surte un efecto similar al de una risa indiscreta en un velorio, la burla incómoda que subvierte la noción establecida de que la vida tiene que ser tan seria como la muerte. Pero, al igual que con las emociones, la separación entre una literatura y otra no tiene por qué ser de carácter absoluto, radical; con frecuencia algo puede hacernos llorar después de que reímos, o sonreír después de que lloramos, y no hay que perder eso de vista.*

*La proporción, eso sí, podría volverse preocupante. La literatura no debiese afanarse en deprimirnos; por supuesto que, si hace falta, puede sacudirnos, ardernos, quitarnos la costra de cualquier herida, pero no a costa de demolerlos. Creo que la clave no se halla lejos del valor que encarna el tiempo en nuestras vidas: la alegría, por lo general, se tiene por efímera, pasajera, la felicidad viene y se va, etcétera. Eso la hace más difícil de describir. La melancolía, por otro lado, ese estado mental tan consciente de su fama poética, arrastra los días, las horas, los minutos; transcurre lento y así parece que se queda a nuestro lado, que nos acompaña. Bajo su influjo, sin duda estamos más inclinados a describirla con minuciosidad y exageración. Somos lastimeros experimentados y alegres inexpertos, pero no siempre, no todo el tiempo.*

Pero había más. Según la bibliografía, el grueso de la sección de miscelánea estaba compuesto por los escritos más recientes de Varelia. A diferencia de su narrativa y de sus ensayos, escritos según la concepción de la escritura “como un tejido, en el que un solo error, un punto suelto puede desbaratar la pieza”, los textos de esta sección seguían una lógica “de mosaico, de piezas desmontables, corregibles y por consiguiente reemplazables”, lo que los hacía extraños y en gran parte ilegibles. Frases incompletas, oraciones incoherentes, símbolos mezclados con letras mezcladas, a su vez, con números. Al pie del librero, entre estudios sobre la Cábala, el Nuevo Testamento y mitos platónicos, encontré resmas de *Lo dicho* (compendio de

todas las palabras dichas por Varelia) y de *Lo pensado* (incompleto), pero el título final de la bibliografía no estaba y llamó de inmediato mi atención: *La última guía*.

Al no percibir señas de Cormorán me atreví a ir al segundo piso. A menos que *La última guía* fuese el libro que separó del resto, tal vez podía estar en la habitación de Varelia, en su biblioteca. Arriba, de pie junto a los libros volteados, noté que ya no había sombras del roble en el piso y que leyendo perdí la noción del tiempo, y me pregunté con seriedad y hambre qué era lo que estaba haciendo ahí, sabiendo la respuesta. En *Lo pensado*, antes de la página en blanco, Varelia escribió que lamentaba que la escritura, “placentera y corrosiva”, fuese un arte sometido al orden de la palabra y no a la espontaneidad del habla o del pensamiento, pero no lamentaba, en cambio, haberse convencido de que la única solución sensata a ese problema era escribir y seguir escribiendo. Comenzó *La última guía* como un intento deliberadamente contradictorio por registrar una forma contingente del azar: nombres y apellidos (todos los nombres, todos los apellidos) escritos según el cara y sello de una moneda, la combinación anotada en clave numérica a un costado. De ahí su copia del *I Ching* en el velador, que se desarmó en cuanto la tomé en mis manos. Lo decía en *Lo pensado*: mientras la escribía, *La última guía* fue su proyecto personal e íntimo de obra maestra, y lo fue, de hecho, por lo menos durante los años en que la compuso. Una vez terminada, “ilógica, descomunal y absurda”, la asumió como un buen síntoma de la senilidad de su ego, y diseñó un mecanismo para sentenciarla a un fuego póstumo. En *Lo dicho* no aparecía mi nombre, pero en ese instante, en *Lo pensado*, entraba yo, “el lector”, al asunto.

Las opciones de Cormorán no eran dos: o quemarlo todo o buscar a alguien que lo ayudara a decidir qué hacer. Eran tres. Quemarlo todo, buscar a un lector, o apropiarse por completo de la obra de Varelia: firmarla con su propia mano, publicarla y venderla con su nombre. ¿La condición? Que el lector, ese tercero imparcial, decidiera si lo merecía o no. Su trabajo, *La última guía*, ser escritor. Esa otra parte de su herencia, al fin y al cabo. Que tampoco estaba en la biblioteca.

Salí al patio de atrás con un trozo de pan que tomé de la cocina. Atardecía, y Cormorán no regresaba. Pensé que al irme cruzaría el bosque a oscuras y que, si mi comprensión lectora no iba mal, las opciones de Cormorán no eran tres, en realidad, sino una, y esa opción o esa decisión o lo que fuera, ni siquiera era suya, porque yo tenía que tomarla. Lo más correcto era esperararlo. Di pasos lentos hacia el roble, masticando migas, preguntándome quién se demora tanto en hacer un trámite en día sábado, y la cuarta o la quinta vez que giré a mirar la casa tardé un instante en reconocerlo, a Cormorán, en el ventanal del segundo piso, detrás de la cortina.

Le hice señas, pero no recibí respuesta.

—¡Amigo lector...! —dijo mientras yo entraba y él bajaba la escalera—, se me pasó la hora... Y usted, ¿comió algo? Traje empanadas. No me diga que no le gustan los mariscos.

—El libro —dije yo—, *La última guía*, ¿dónde está?

Cormorán me dio la espalda y deshizo un envoltorio, las empanadas, en la mesa de centro.

—Pensé que usted la encontraría, ¿me cree? No sé por qué... Di vuelta el estudio, la biblioteca, la sala, pero no aparece.

Le pregunté si había leído *Lo pensado*, qué tanto conocía del plan o del mandato o del oráculo de Varelia y qué haría finalmente con su obra. ¿Cómo iba a saber yo si la merecía? Cormorán me observaba en silencio, como si pensara en otra cosa; llevó dos empanadas a la cocina y lo seguí. Me encargó darlas vuelta sobre el tostador mientras subía al segundo piso y al rato bajó con el libro que separó de los demás, en el estudio, antes de irse.

—Así como usted se pregunta eso —dijo—; cuáles son mis... intenciones, o qué clase de relación habré tenido con mi madre, si sería o no capaz de apropiarme de su obra... Yo aún le pregunto a ella cosas que nunca me dijo, porque las dejó escritas.

Me extendió el libro y prendió un cigarro en el fogón de la cocina antes de cortar el gas. Esta vez lo seguí al estudio, sin empanada y saltándome páginas de *Hijo de tu madre*, una novela sobre ellos dos, dedicada a Cormorán y escrita “para sus ojos”, según la dedicatoria. Recordé el ensayo sobre la literatura depresiva e hice un comentario en voz alta. Cormorán tiró ceniza al piso y me

interrumpió:

—Ah, sí —dijo, y apretó los párpados, como si hiciera memoria—: sí... Pero la literatura depresiva es la de la dictadura. La literatura... ¿eufórica? —asentí—, la literatura eufórica es la de la transición a la democracia. *Hijo de tu madre* vendría a ser eufórica, no depresiva.

Su error no pudo ser más oportuno. En la conclusión del ensayo, Varelia decía que “la *literatura eufórica* y la *Gran literatura depresiva* no se anulan, se influyen una a otra en una síntesis que, bien imaginada, es virtualmente perpetua, aunque más a menudo nos parezca que es la segunda la que sucede a la primera, ya que añora o lamenta y no olvida una alegría, un pasado feliz que acaba de dar o dio hace tiempo por perdido. De allí el carácter cíclico, transitivo de su queja”. ¿Significaba eso que Cormorán no era digno de su herencia? Tal vez no merecía convertirse en el autor de una obra que desconocía, vivir detrás de ella, de Varelia, como su sombra. De hacerlo, es seguro que nunca sabría tan bien como ella cuál era la diferencia entre escribir y ser escritor, y se regodearía en un prestigio o una fama mal atribuida. Los pasajes que leí de *Hijo de tu madre* se referían a eso, en cierto modo, a la vida de Cormorán sin Varelia a un lado, explicándole cosas. Y Cormorán insistía en tirar ceniza al piso.

—No debería fumar aquí dentro —dije, harto de la humareda—. Si le contara todas las noticias que llegan al diario sobre incendios que partieron con un cigarro...

—Cómo —dijo Cormorán, alzando las cejas—, ¿usted trabaja para un diario?

—Cómo —dije yo—, ¿Varelia no le dijo...?

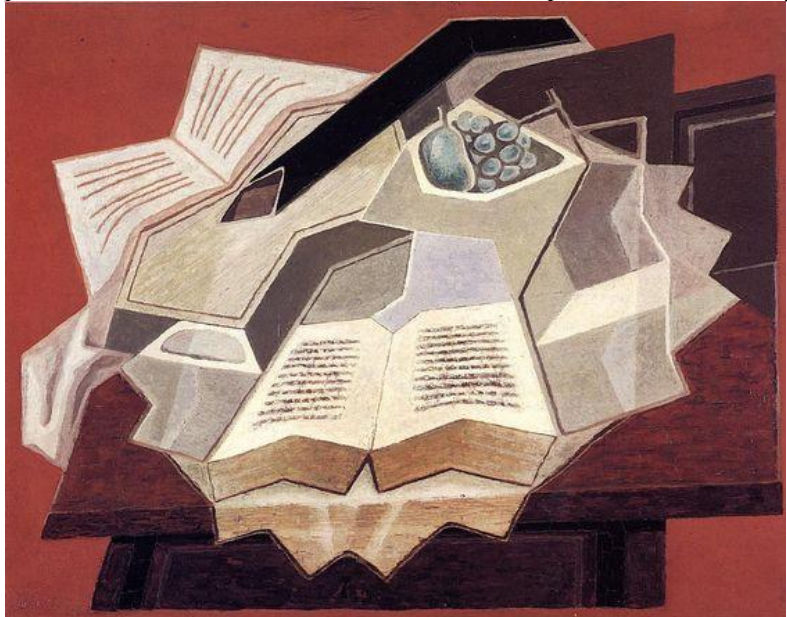
Respondió, pero su respuesta era obvia: Varelia no le dijo, porque, por supuesto, no lo sabía. Tampoco le dio mi nombre, el del corrector de pruebas en un diario; le dio el del lector abstracto que ella misma se encargaría de invocar, usando preceptos que operaran a su favor: por la baraja, sin leguleyos de por medio. Tanto la fatiga de Cormorán como la mía eran evidentes y ridículas; cuando fue a encender las luces del primer piso comenté que ya era tarde y que me iría. Entonces le recordé que tenía el número de mi casa: esperaría su llamado. Y, a propósito, quise saber cómo lo había conseguido.

—En la guía —me dijo. Una porción de su cara sonreía—; ¿dónde más...?

La guía telefónica... ¿Todavía existían? Llevaba años sin ver una; pensé eso y que, si Cormorán era tan gentil de prestármela, iba a poder llamar a un taxi para que me recogiera a la salida de Pellín y me dejara en la costa. Cormorán fumaba apoyado en el marco de la puerta del estudio, ensimismado, hojeando *Hijo de tu madre*. Lo oí decir “*dèjà vu*” y uno de sus ojos, olvidé cuál, me siguió mientras retrocedía a la sala, en dirección al teléfono, y ya no me vio levantarlo y hacer a un lado un guardapolvo de crochet para encontrar, debajo, en una resma de hojas blancas, amarillas y grises, “*La última guía, por Varelia Polanco*”.

El teléfono de mi casa ha vuelto a sonar: seguros, créditos milagrosos, encuestas que respondo simulando interés. Pero de Cormorán no he recibido noticias. Supongo que dejó momentáneamente a Varelia, *La última guía* y mi número en Pellín, y que debe estar en su casa, en Santiago, dedicado a revivir y atender su negocio. En el diario pedí que me avisaran de incendios o quemas particulares en El Totoral o Isla Negra, y desde hace unas semanas, si en la calle paso por fuera de una librería, me acerco a la vitrina y reviso con cuidado los títulos, los autores nuevos. Sé que si mi nombre y mi teléfono coincidieron bajo su puño, todo es posible. Mientras tanto toco madera y, de vez en cuando, como ahora, me pregunto cómo habría escrito ella esta historia. Varelia Polanco fue menos consciente de sus aciertos que de sus errores; de haber sido a la inversa, probablemente hoy se hablaría de la escritora más prolífica y enigmática de la literatura reciente, y Cormorán no necesitaría ser el guardián de su obra ni de su derecho, bien conquistado, después de todo, al silencio.

Omar Alarcón Román



A la izquierda: Juan Gris. *El libro abierto* (1925).